



Elementos de discusión y debate

Con la solicitud de "elementos de discusión y debate" se pretende ir más allá de la mera formalidad de la evaluación y hacer de esta actividad un acto académico de más peso. Así, si el/la evaluador/a lo considera, le solicitamos que introduzca elementos de discusión que permitan prolongar el debate, que sirvan para puntear una lectura crítica de los textos que publicamos y ayudar a su discusión.

El centro de la reflexión que se propone a través de este artículo es la gestión política de la epidemia de la Covid-19. Se trata de una crónica precisa de lo hecho por los Estados para enfrentar la difusión de la cepa 2019 de Coronavirus, reflexión hecha al mes de julio de 2020. El autor aparece como un observador agudo que dispone de toda la información necesaria y disponible a esa fecha. El texto tiene la virtud de tomar la forma de una reflexión extensa, profunda y argumentada sobre un problema actual cuyo ritmo de evolución es vertiginoso con consecuencias e impactos sanitarios, políticos, sociales y económicos de inmensa envergadura para una parte importante del planeta, al menos Asia, Europa y América toda.

El autor observa el rol preponderante que tomaron los expertos de las disciplinas médicas, biológicas y sanitarias en la gestión de la crisis. En un primer momento se cuestionan las proyecciones y modelos epidemiológicos utilizados, los del Imperial College de Londres que habrían tenido un carácter sobredimensionado. Sin embargo, este no es el centro de la cuestión. El problema cobra evidencia a partir de la comparación de las gestiones de las crisis sanitarias provocadas por las difusiones del HIV y del Coronavirus 2019. En el primer caso, la movilización de la sociedad civil, la participación de movimientos sociales y la concertación entre los gobiernos, las instituciones y las asociaciones de enfermos o de grupos de riesgo.

Por el contrario, para la Covid-19 la respuesta fue el confinamiento generalizado y la toma de medidas de higiene entre las que destaca la "distanciación social" y el uso de mascarillas. Los gobiernos europeos y americanos siguieron el modelo del aislamiento impuesto en la provincia de Wuhan en China. Una imposición inconsulta y autoritaria que pone en evidencia una gestión "anti-sociológica" de la crisis. Ese carácter resulta no solamente de la fuerza de imposición de los gobiernos y su voluntad de consultar a un único actor, el experto. También por el hecho de que la uniformización de los dispositivos y el carácter cuasi universal del confinamiento no toma en cuenta la morfología de nuestras sociedades y las diferencias de situación en que lo ordenado encuentra a los distintos grupos sociales. La misma medida aplicada a todos, quienes viven hacinados en un apartamento, apilados en un tugurio o sin condiciones sanitarias en una favela, no presentan la misma capacidad de reacción o



incluso de aprovechamiento que aquella de la que se beneficia el intelectual cómodamente instalado frente a su ordenador o el burgués con sus amplias dependencias y múltiples metros cuadrados de verde jardín a su disposición. Pero aparece un último factor anti-sociológico inteligentemente observado por el autor a través de esta gestión técnico-experta de la crisis sanitaria. Es el factor "distanciamiento". La respuesta tecnológica, bajo el paradigma del "zoom" o el "meet" no vinieron para volver viable la sociabilidad cuando esta no es posible. Están allí para que el encuentro cara a cara y cuerpo a cuerpo no tengan lugar. Así se instala y casi se institucionaliza la fantasía de que podemos hacer sociedad sin estar juntos. La respuesta tecnológica a la crisis supone el carácter ineluctable de la tecnología y ven en el teletrabajo o en la distanciación social la panacea de un mundo por venir.

Tal vez quepa calificar de antisocial a esta disolución del mundo que la gestión técnico-experta de la crisis acelera. Porque no se trata de unos expertos contra otros, epidemiólogos contra sociólogos.

Introduciríamos algún matiz en el razonamiento del autor, al que suscribimos por otra parte en todas sus grandes líneas. Tal vez los Estados no respondieron todos de igual modo ni con idéntica fortuna. Baste pensar en cómo lo hicieron los gobiernos de Estados Unidos y Brasil comparado con sus pares europeos. El uso de la tecnología de control social en China no fue posible en ninguna democracia occidental; y la resistencia de la sociedad quedó muy rápidamente visible en las denuncias de "infectadura" con las que se acusó al gobierno argentino o en las protestas anti-mascarilla de la ultraderecha alemana. Las organizaciones patronales, los sindicatos y los partidos políticos no tardaron en levantar la mano y pedir la palabra. Finalmente, cabe preguntarse si la velocidad de propagación del virus y su carácter mortífero que manifestó en países como los del oeste de Europa daba margen para la consulta y el debate.